

J. J. BENÍTEZ
**EL MISTERIO DE
LA VIRGEN DE
GUADALUPE**



»No es fácil para mí acertar con las motivaciones que un buen día, allá por el año 1977, me arrastraron a investigar y escribir sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe en México. Si tuviera que decidirme por una, creo que elegiría la curiosidad. En uno de mis viajes por América leí la noticia del descubrimiento en los ojos de la imagen de la Señora de Guadalupe de una figura humana. Para ser exactos, el hallazgo de un hombre con barba en el ojo derecho de la imagen que de forma misteriosa quedó impresa en la tilma o manta de un indio llamado Juan Diego el 12 de diciembre de 1531. Aquella noticia se me antojó tan descabellada y sensacional a un mismo tiempo que acepté el reto y me entregué por entero al esclarecimiento de aquel suceso. ¿Qué había de cierto en aquella noticia?

»Afortunadamente, mis investigaciones no comenzaron hasta 1981. Y digo afortunadamente porque entre los años 1979 y 1980 otros científicos realizaron desconcertantes hallazgos. Smith y Callagan, utilizando películas infrarrojas, confirmaron que el rostro, manos, túnica y manto de la Virgen no eran pintura humana. En esas mismas fechas, otro eminente científico, el profesor Aste Tonsmann, especialista en computadoras, daba a conocer otro hallazgo revolucionario: además del ya citado hombre con barba, en lo más profundo de los ojos de la Virgen de Guadalupe, y mediante un sofisticado proceso de digitalización de imágenes, este ingeniero y profesor de la Universidad de Cornell (Nueva York) había encontrado otras doce figuras.

»¿Qué significaba todo esto? ¿A quiénes correspondían estas imágenes? ¿Ante qué nuevo reto se enfrentaba la ciencia? Durante meses me he entregado en cuerpo y alma a la investigación de este singular misterio.

»He llevado a cabo tres nuevos viajes a América, interrogando a historiadores, antropólogos, expertos en pintura y

restauración, especialistas de todo tipo en la civilización azteca, médicos cirujanos, oftalmólogos y expertos en ordenadores. Han sido más de un centenar las obras consultadas e incontables las horas de estudio y reflexión sobre este desconcertante asunto. Fruto de ello ha sido este primer trabajo *El misterio de Guadalupe*, escrito al margen de todo sentimiento religioso.

»Que el lector saque sus propias conclusiones sobre lo que, en mi opinión, constituye uno de los enigmas más asombrosos del siglo XX. (J. J. Benítez).

PRIMERA PARTE

1. UN «CEBO» A 10 000 KILÓMETROS.

La suerte estaba echada. Ya no podía volverme atrás. Acomodé entre mis pies la inseparable bolsa negra de las cámaras y traté de arrellanarme en el confortable asiento del avión de la Easter Lines.

El sol despegó con nosotros en aquel 14 de octubre de 1981. Y mientras el vuelo 905 dejaba atrás las últimas luces de Washington, rumbo a las ciudades de Atlanta y México (Distrito Federal), me pregunté con una cierta angustia por qué había tomado aquella decisión. ¿Por qué había salido de madrugada del hotel Marriot, abandonando a los periodistas que cubrían la información del viaje de SS. MM. los Reyes de España a los Estados Unidos? ¿Qué necesidad tenía de embarcarme en esta nueva aventura? Sobre mi mesa de trabajo, en España, aguardaban —y aguardan— una docena de libros «por escribir». Pienso que quizá es mi sino. Apenas he salido de una investigación ovni, del fondo del cráter de un volcán o de las selvas del África central, y, casi sin proponérmelo, ya me encuentro envuelto en una nueva aventura...

Pero esta experiencia parecía diferente. ¿Qué era lo que me atraía de la Virgen de Guadalupe? ¿Por qué había cerrado los ojos y me había lanzado a tumba abierta hacia la República mexicana?

Digo yo que parte de la culpa de este madrugón y de todo lo que me esperaba en las semanas siguientes la tu-

vieron Pilar Cernuda, entonces redactora-jefe de la agencia de noticias Colpisa, y el escritor Torcuato Luca de Tena.

En los primeros días del mes de octubre, mi querida Pilar me llamó a casa, a Lejona.

—¿Has leído la tercera página de *ABC* de hoy? —me preguntó a «quemarropa».

Como suele suceder casi siempre en estos casos, yo no tenía ni la más remota idea del tema.

—... Te lo mando hoy mismo —prosiguió Pilar—. ¡Es formidable!... Torcuato escribe desde México un artículo increíble... Habla de unas extrañas figuras humanas descubiertas por científicos de la NASA en los ojos de la Virgen de Guadalupe...

El instinto periodístico me hizo temblar y no pude esperar hasta la anunciada carta de Pilar.

Dos horas más tarde, el artículo en cuestión estaba ya sobre mi mesa, plagado de apresurados comentarios y frases subrayadas en rojo.

Debo reconocerlo. Sentí cierto disgusto y un coraje mal contenido contra mí mismo. ¿Por qué? Muy simple: yo había conocido el tema en 1977, en uno de mis primeros viajes a México. Sin saber todavía cómo, y mientras revolvía en una librería, cayó en mis manos un diminuto libro. El título me enganchó desde el primer momento: *Descubrimiento de un busto humano en los ojos de la Virgen de Guadalupe. Dictámenes médicos y otros estudios científicos*. Los autores —Carlos Salinas y Manuel de la Mora— presentaban en aquel brevísimo reportaje unas fotografías y unos documentos sencillamente increíbles: la figura, en efecto, de un hombre con barba en la córnea del ojo derecho de la imagen que se venera actualmente en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, en México (Distrito Federal).

El hallazgo quedó archivado en mi agenda de temas pendientes con el siguiente comentario: «Investigar. Muy interesante».

Y allí habría seguido de no haber sido por la fulminante llamada telefónica de Pilar Cernuda y por el irresistible «cebo» de Luca de Tena. En aquel artículo, que complementaba —¡y de qué forma!— lo que yo había devorado en 1977, se decía entre otras cosas:

- 1) Los asombrosos descubrimientos científicos que se han hecho recientemente, y aún se siguen haciendo, en torno a la imagen mexicana de la Virgen de Guadalupe tienen literalmente pasmados a cuantos los conocen.
- 2) Para entender la importancia de tales hallazgos es preciso hacer un breve repaso de lo que una antigua y piadosa leyenda declaraba acerca de la milagrosa confección de la imagen, no pintada por mano de hombre —según esta tradición—, sino milagrosamente impresa en la túnica o tilma de un indio llamado Juan Diego en 1531...
- 3)...Y llegamos a nuestros días —o mejor, a nuestro siglo—, en que se forma una comisión de estudios para investigar no pocos fenómenos inexplicables de la famosa «tilma» de Juan Diego.

En primer lugar llama la atención de los expertos textiles la singular conservación del basto tejido. Hoy día está protegido por cristales. Pero durante algo más de un siglo estuvo expuesta a la buena de Dios, a la topa tolondra, a los rigores del calor, el polvo y la humedad sin que se deshilachase ni se enturbiase su rara policromía...

- 4)...Se atribuyó esta virtud a la clase de pintura que cubre a la tela y que muy bien podría actuar como poderosa materia protectora y, en consecuencia, se remitió una muestra para que la analizase el sabio alemán y premio Nobel de Química, Richard Kuhn. Su respuesta dejó atónitos a los consultantes. Los colorantes de la imagen guadalupana —respondió el científico germano— no pertenecen al reino vegetal, ni al mineral, ni al animal.

- 5)...Se encomendó a dos estudiosos norteamericanos (el doctor Callagan, del equipo científico de la NASA, y el profesor Jody B. Smith, catedrático de Filosofía de la Ciencia en el Pensacola College) que sometiesen la imagen guadalupana al análisis fotográfico con rayos infrarrojos...
- 6) Y entre otras conclusiones, los científicos afirmaron: que el ayate —tela rala de hilo de maguey— carece de preparación alguna, lo que hace inexplicable a la luz de los conocimientos humanos que los colorantes impregnen y se conserven en una fibra tan inadecuada. Que no hay pinceladas y que la técnica empleada es desconocida en la historia de la pintura. «Es inusual —dicen—, incomprensible e irrepetible».
- 7)...Paralelamente a esto, un conocido oculista, de apellido hispano-francés, Torija Lavoignet, examinó con su oftalmoscopio de alta potencia la pupila de la imagen y observó maravillado que en la córnea se vela reflejada una mínima figura que parecía el busto de un hombre...
- 8)...Éste fue el antecedente inmediato para promover la investigación que paso a explicar: la «digitalización» de los ojos de la Virgen de Guadalupe. Es sabido que en la cornea del ojo humano se refleja lo que se está viendo al instante. El doctor Aste Tonsmann hizo fotografiar (sin él estar presente) los ojos de una hija suya y utilizando el procedimiento denominado «proceso de digitalizar imágenes» pudo averiguar, sin más, todo cuanto veía su hija en el momento de ser fotografiada.

Este mismo científico, cuya profesión actual es la de captar las imágenes de la Tierra transmitidas desde el espacio por los satélites artificiales, «digitalizó» el año pasado la imagen guadalupana y los resultados empiezan ahora a ser conocidos...

... Los detalles que se observaron en los ojos de la Virgen son: un indio en el acto de desplegar su «tilma» o túnica ante un franciscano; al propio franciscano en cuyo rostro se ve deslizarse una lágrima; un paisano muy joven, la mano puesta sobre la barba con ademán de consternación; un indio con el torso desnudo en actitud casi orante; una mujer de pelo crespo, probablemente una negra de la servidumbre del obispo; un varón, una mujer y unos niños con la cabeza medio rapada y otros religiosos más en hábito franciscano, es decir... ¡el mismo episodio relatado en lengua náhuatl por un escritor indígena en la primera mitad del siglo XVI y editado en aquella lengua azteca y en castellano por Lasso de la Vega en 1649...!

Y el asombrado Torcuato Luca de Tena concluye así su trabajo:

... «¡Inexplicable!», exclamaron los miembros de la comisión de estudios cuando conocieron el veredicto del sabio alemán Richard Kuhn de que la policromía de la imagen guadalupana no procedía de colorantes minerales, vegetales o animales. «¡Inexplicable!», declararon por escrito los norteamericanos Smith y Callagan al ver por los rayos infrarrojos que la «pintura» carecía de pinceladas, y el miserable ayate de la tilma de Juan Diego de toda preparación. Y el doctor Aste Tonsmann, al referir en numerosas conferencias el hallazgo de figuras humanas de tamaño infinitesimal en los ojos de la Virgen, no se harta de repetir: «¡Inexplicable! ¡Radicalmente inexplicable!».

Mi grave ignorancia sobre el tema.

Y muy poco explicable era mi presencia en aquel reactor norteamericano, rumbo a la capital de la República mexicana, con un monumental «bagaje» de ignorancia sobre la famosa Virgen...

Porque ¿qué sabía yo sobre aquella imagen? Algo había oído, sí, pero era tan escaso que no hubiera podido siquiera reconstruir la leyenda a que hacía referencia Torcuato Luca de Tena...

¿Quién era el indio Juan Diego? ¿Qué pasó en aquel año de 1531? ¿Qué diablos era lo de la tilma o túnica y la no menos misteriosa «impresión» de una imagen en la tela? ¿O no se trataba de un lienzo?

Debo reconocer igualmente que había visitado la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en 1978, en un tercer viaje a México. Aquella soleada mañana de noviembre, y en compañía de los periodistas Gianni Ferrari y Alberto Schommer, había visto y fotografiado a decenas de mexicanos —de todas las edades y condición—, arrastrándose de rodillas por el áspero asfalto que rodea al nuevo templo. Era un continuo fluir de hombres, niños, mujeres y ancianos silenciosos y cabizbajos, la mayoría con flores entre las manos. Cien o doscientos metros antes de la entrada a la basílica, aquellos peregrinos, llegados desde todos los rincones de los Estados mexicanos, se dejaban caer sobre sus rodillas y, lentamente, dando así cumplida cuenta de una promesa a la Señora, entraban en el templo y se aproximaban hasta el gran altar central.

Ahora no sabría explicarlo con exactitud, pero creo que fue aquella insólita, emocionante y auténtica manifestación de fe de los mexicanos la que me mantuvo alejado de la gran urna donde se venera la imagen en cuestión. Es más: en aquella oportunidad ni siquiera me fijé con detalle en la «pintura» de la guadalupana. Quedé atrapado por la sinceridad de aquel pueblo. Por otra parte —y pienso que éste es el momento para aclararlo—, mi condición de creyente «no practicante» me ha mantenido siempre alejado de las devociones marianas. De niño, como casi todo el mundo en mi país, sentí, viví y quedé influenciado por las múltiples oraciones y prácticas a la Virgen María. Pero el tiempo y el alejamiento de aquellos círculos religiosos me condujeron hacia un estado de respetuosa indiferencia hacia estos asuntos.

Esta transparente postura personal hacia la Señora y con cuanto la rodea en el mundo hacía aún más inexplicable mi decisión de investigar el caso Guadalupe.

Pero, como ya empieza a ser habitual en mí, evité un análisis frío y objetivo de los riesgos, gastos y sacrificios, y me dejé llevar por el corazón y, sobre todo, por ese viejo instinto y curiosidad periodísticos.

Y a las 13.30 (hora local), el *jet* se inclinó sobre su plano izquierdo y apareció ante mí la metrópoli más poblada del mundo: México, con sus casi diecisiete millones de habitantes. Y el hormigueo que precede a toda aventura estalló de nuevo en mi estómago...

2. ROSAS PARA UN OBISPO ESCÉPTICO.

La primera llamada desde mi habitación, en la planta 14 de un céntrico hotel de la ciudad de México, fue para Torcuato Luca de Tena. Era quizá una de las pocas «pistas» seguras a la hora de iniciar los trabajos de investigación. No me equivoqué. A los pocos minutos, y tras una breve conversación con el entrañable colega y maestro, disponía ya de un nombre clave —el abogado español Manuel Fernández— que me abriría numerosas puertas en días sucesivos. Torcuato hacía referencia en su artículo de *ABC* a este inquieto español afincado en tierras mexicanas —antiguo colaborador de la Editorial Católica— y a quien había prologado un libro sobre los sucesos de Guadalupe. Durante mi estancia en el Distrito Federal, el propio Manuel Fernández me facilitó su obra: *El gran documento guadalupano. 450 años después...*

Una vez iniciadas las gestiones traté de aprovechar al máximo aquella primera jornada en tierras americanas. Y me lancé a las calles de México. Debía encontrar toda la documentación posible sobre la historia de la famosa aparición de la Virgen al indio Juan Diego. A primeras horas de la noche volví a encerrarme en la habitación 1404 e inicié una frenética lectura de cuantos libros y documentos pude hallar en las librerías.

Allí conocí, al fin, la leyenda completa.

La totalidad de los trabajos que consulté aquella noche, así como otros muchos que fueron cayendo en mis manos

conforme profundizaba en la investigación, señalaban a un antiquísimo documento indio —el *Nican Mopohua*— como uno de los más importantes y claros en la transmisión de los hechos que tuvieron lugar en los primeros días de diciembre de 1531.

El autor de dicho relato —cuyo original no ha sido encontrado por el momento— era Antonio Valeriano, un indígena de gran prestigio y cultura, que debió de poner por escrito las apariciones entre los años 1545 y 1550.

Aquel «autor», por tanto, fue coetáneo de Juan Diego y —¿quién sabe?— quizás conoció los sucesos de labios del propio protagonista. Según los historiadores, Valeriano tenía once años cuando se produjeron las apariciones y veintiocho cuando falleció Juan Diego.

Aunque su lengua natal era el náhuatl —idioma de los mexica^[1]—, Antonio Valeriano aprendió también el castellano y el latín, alcanzando, como digo, gran renombre por su sabiduría. Su fama fue tal en aquellos primeros tiempos de la conquista española que el propio historiador fray Bernardino de Sahagún lo incluyó en su «equipo» de colaboradores para la redacción de su formidable obra *Historia general de las cosas de la Nueva España*^[2].

Tuvieron que pasar algunos años, sin embargo, para que el relato de Valeriano —escrito originalmente en náhuatl— fuera traducido al castellano. El acierto fue obra del bachiller Luis Lasso de la Vega, que lo envió a la imprenta en 1649.

¿Y qué quiere decir *Nican Mopohua*?

Según los expertos: «Aquí se cuenta, se ordena...». Estas, sencillamente, son las primeras palabras con que arranca la citada narración del indígena y humanista Antonio Valeriano. Y de ahí tomó el título el documento que paso a exponer a continuación y en el que están contenidos aquellos insólitos sucesos.

Dice así, textualmente, la traducción del *Nican Mopohua*:

Aquí Se Cuenta, se ordena, cómo hace poco, milagrosamente se apareció la Perfecta Virgen Santa María Madre de Dios, nuestra Reina, allá en el Tepeyac, de renombre Guadalupe.

Primero se dejó ver de un pobre indio llamado Juan Diego; y después se apareció su preciosa imagen del nuevo obispo don fray Juan de Zumárraga (se cuentan) todos los milagros que ha hecho.

Diez años después de tomada la ciudad de México, se suspendió la guerra y hubo paz en los pueblos, así como empezó a brotar la fe, el conocimiento del verdadero Dios, por quien se vive.

A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre indio, de nombre Juan Diego, según se dice, natural de Cuautitlán.

Tocante a las cosas espirituales, aún todo (el indio Juan Diego) pertenecía a Tlatilolco.

Primera aparición.

Era sábado, muy de madrugada, y venía en pos del culto divino y de sus mandados.

Y al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyácac (Tepeyac), amanecía...

Y oyó cantar arriba del cerrillo: semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos las voces de los cantores; y parecía que el monte les respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del *coyoltótotl* y del *tzinizcan* y de otros pájaros lindos que cantan.

Se paró Juan Diego a ver y dijo para sí: «¿Por ventura soy digno de lo que oigo?, ¿quizá sueño?, ¿me levanto de dormir?, ¿dónde estoy?, ¿acaso en el paraíso terrenal, que dejaron dicho los viejos, nuestros mayores?, ¿acaso ya en el cielo?».

Estaba viendo hacia el oriente, arriba del cerrillo, de donde procedía el precioso canto celestial.

Y así que cesó repentinamente y se hizo el silencio, oyó que le llamaban de arriba del cerrillo y le decían: «¡Juanito, Juan Diego!».

Luego se atrevió a ir a donde le llamaban. No se sobresaltó un punto; al contrario, muy contento, fue subiendo el cerrillo, a ver de dónde le llamaban.

Cuando llegó a la cumbre, vio a una señora, que estaba allí de pie y que le dijo que se acercara.

Llegado a su presencia, se maravilló mucho de su sobrehumana grandeza: su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplando-